

su duplicada viajera, puede abandonar la sepultura y hacer daño. Hé aquí resumido este pasaje:

«Después de la muerte de Arakell, Baegifot volvió á sentirse incomodado: salía de su tumba con gran terror y perjuicio de los vecinos, matando los rebaños y animales domésticos, y cazando á los habitantes del cantón. Resolvióse, pues, destruir por el fuego su esqueleto, porque... él mismo ó algún demonio malo en su lugar servíase de sus mortales despojos como de un medio de transporte para cometer estos desórdenes. El cuerpo fué quemado.»

Bajo este relato se esconde una creencia análoga á la que hemos visto reinar entre los salvajes y las naciones medio civilizadas; la de que la destrucción del cuerpo impide esta especie de resurrección. También hay en él otra creencia de la que ya hemos visto ejemplos, esto es, la de que una persona que posee parte de un cadáver, posee con ella un poder sobre la persona difunta: en efecto, si la destrucción del cuerpo entero mueve enteramente al espíritu, una lesión inferida en una parte de este cuerpo debe causar perjuicio al espíritu.

*Hechicería.*— Hemos indicado que existía una relación entre la creencia precedente y las prácticas con auxilio de las cuales se suponía que los magos evocan á los muertos y mandan á los demonios. Desde entonces se han dado á luz nuevos hechos que prueban que las formas más desarrolladas de la hechicería salieron de este origen. El siguiente pasaje de sir George Grey (*Mythologie polynésienne*, p. 114), manifiesta la inquietud de un hijo que quiere salvar de las manos de los encantadores los restos de su padre:

«Rata, sin detenerse, se arrastró hacia el fuego y ocultóse detrás de algunos zarzales espesos del Harakeke. Entonces vió que al otro lado de los mismos zarzales había dos sacerdotes oficiando en el lugar consagrado, y que en sus mágicos artificios se servían de los huesos de Wahieroa; entrechocaban los unos con otros para llevar el compás repitiendo un poderoso encantamiento... Lanzóse bruscamente hacia los sacerdotes. Se apoderó con viveza de los huesos de su padre Wahieroa, y apresuróse á llevarlos á su canoa.»

De la página 34 de la misma obra tomo otro pasaje en el que igualmente

se muestra la creencia en el poder conferido por la inmediata posesión de una reliquia:

«Cuando el estómago de Muri-ranga-whenua hubo vuelto lentamente á su volumen natural, se oyó de nuevo distintamente la voz de esta mujer.—¿Eres tú, Mani? dijo, y él respondió:—Sí. Entonces ella le preguntó:—¿Por qué engañaste así á tu vieja abuela? Y Mani contestó:—Yo deseaba que se me diera tu mandíbula, que puede operar grandes encantamientos.—Tómala, dijo; ella te está reservada.—Mani la tomó y volvió al lugar donde yacía con su hermano.»

Cuando á estos hechos y otros que ya hemos dado, añadimos que en Italia aun hoy día habla el pueblo del niño que «se roba y entierra hasta la barba, mientras los hechiceros le hacen morir entre tormentos para fabricar el *brevaje infernal* con su hígado,» (*Fortnightly Review*, febr. 1873, 200) no puede dudarse, en mi opinión, que la nigromancia parta de la creencia primitiva según la cual el espíritu de las personas vivientes que ocupa todas las partes de su cuerpo, es afectado por las operaciones que se hace sufrir á una parte de este cuerpo separada del resto, que se pase á la creencia de que se maltrata el espíritu de un muerto al maltratar una reliquia, y que se fortifique, en fin, con la creencia de que el difunto necesitará todas las partes de su cuerpo, y que su espíritu puede estar sometido á cualquiera que posea una de estas partes.

Después de puestos en prensa los párrafos precedentes, hallé un testimonio que confirma esta idea de una manera todavía más eficaz. Existe en una obra recientemente publicada por el doctor Henry Rink, traducida del danés por su autor y editada por el doctor Robert Brown, y titulada *Historias y tradiciones de los Esquimales*. Pongo los siguientes extractos en un orden que muestra su importancia. «Algunos relatos hacen suponer que existía una creencia según la cual la manera con que los supervivientes trataban el cuerpo del difunto, entraba por algo en la condición de su alma.» (P. 43) «Pero se dice que un hombre matado tiene el poder de vengarse del matador, precipitándose dentro de él, lo que solo puede evitarse comiendo una parte de su hígado.» (P. 45) Después, entre los ingredientes necesarios á las operaciones de hechicería, nombrense desde luego «partes de cuerpos humanos ú objetos que de alguna manera han estado en relación con cuerpos muertos.» (P. 49) Hé ahí las tres ideas que concurren: el efecto sobre el espíritu del muerto por la acción sobre el cuerpo que le pertenecía; la protección contra este espíritu que se obtiene

asimilándose una parte de su cuerpo, lo cual establece una comunidad de naturaleza entre el viviente y el espíritu del muerto; finalmente, la violencia ejercida sobre el espíritu por medio de malos tratamientos inferidos á su cuerpo.

*Agentes sobrenaturales.*—Apunté la idea de que el fantasma de las aguas era primitivamente el fantasma de una persona ahogada, que según se creía, habitaba el lugar donde había muerto y que tenía por carácter la malignidad que ordinariamente se atribuía á los espíritus cuyo favor no se había asegurado por los sacrificios fúnebres ordinarios. No conocía aun ningún hecho en apoyo de esta hipótesis; pero la obra de Mr. Bancroft sobre las *Razas indígenas de los Estados Pacíficos*, me ha dado desde entonces uno. Dejando este pasaje y este punto, dice Bancroft, haré observar que los naturales han dado á la cascada de Pohono, situada en el mismo valle, el nombre de un espíritu malo. Muchas personas han sido arrastradas en ella y destrozadas. Ningún indígena osará mostraros esta cascada cuando vayais á este valle, y nada podría tentarles á pasar la noche en este sitio, porque los espíritus de los ahogados se agitan en la maleza de los alrededores, y sus gemidos dominan el ruido de las aguas. (111-126)

*Fetichismo.*—Creo que Augusto Comte ha manifestado la opinión de que los animales superiores tienen concepciones fetichistas. Naturalmente, no puedo participar de esta idea, puesto que sostengo, y creo tener buenas razones para hacerlo, que el fetichismo no es una creencia primitiva, sino derivada. Sin embargo, creo que la manera de conducirse de los animales inteligentes da alguna luz al génesis del fetichismo. Yo mismo he observado en dos perros hechos que pueden servir de ejemplos.

Desde luego hablamos de un animal formidable, mitad mastín, mitad de muestra, que era de uno de mis amigos. Jugaba con un bastón que se le había abandonado y que tenía asido por su extremo inferior. Mientras saltaba, el puño del palo dió contra el suelo, y la extremidad que tenía el perro en la boca fué impulsada contra el paladar del animal. Este gimió, dejó escapar el bastón y se alejó rápidamente á alguna distancia. Allí manifestó un terror verdaderamente cómico en un animal de un aspecto tan feroz. Solo después de haberse aproximado muchas veces con prudencia y mucha vacilación, se decidió al fin á asir otra vez el palo. Este comportamiento mostraba de una manera clara

que no consideraba al bastón como un agente activo cuando solo presentaba las propiedades que le eran familiares; pero que se sentía inclinado á clasificarlo entre los seres animados y mirarlo como capaz de hacer daño cuando el palo le causaba un dolor de una manera que aquél no había experimentado aun. Lo mismo ha debido suceder en el espíritu del hombre primitivo que no conoce mejor que un perro la causación natural, y la conducta insólita de un objeto, hasta allí clasificado como inanimado, debió sugerir la idea de un ser animado. La idea de la acción voluntaria toma nacimiento, el hombre empieza á mirar el objeto con temor, por miedo de que obre de otra manera imprevista y tal vez con un efecto peligroso. La noción vaga de animación así despertada, se hará evidentemente más definida cuando el desarrollo de la teoría espiritista proporcione una causa específica á la que pueda atribuirse el comportamiento animal del objeto.

Un falderillo muy inteligente y cariñoso que estaba muy bien cuidado en casa de otro de mis amigos, tenía una costumbre de la que tomé el segundo de los hechos de que quiero hablar. Halló una mañana, ó tras una ausencia de algunas horas, una persona que reconoció como un amigo: á su saludo ordinario que consistía en menear la cola, unió otro que no era habitual: separaba sus labios de manera que diseñaba una especie de sonrisa ó mueca; luego, cuando estuvo fuera quiso hacer otras demostraciones de fidelidad. Como uno de sus deberes de perro de caza era el de ir á buscarla y ser amable con la persona á la cual se la llevaba, había asociado estos dos actos en su espíritu y los había confundido en un mismo acto de propiciación; además, después de haber meneado la cola y sonreído, quiso cumplir este acto de propiciación en lo que posible era, pues no tenía ave muerta para llevar. Buscó á su alrededor una hoja caída ú otro objeto pequeño que llevó con redobladas manifestaciones amistosas. Este es, según creo, un estado de espíritu análogo al que lleva al salvaje á ciertas observancias fetichistas de un género anormal. Algunas veces el salvaje, en busca de algún auxilio sobrenatural, apodérase de la primera piedra que halla á mano, la pinta de rojo y le hace ofrendas. Queriendo complacer á un espíritu, siente la necesidad de demostrar este desco, y adopta la práctica más á su alcance, de la que hace un acto propiciatorio. Espíritus los hay en todas partes; tal vez haya uno en esta piedra; sí, lo hay probablemente. Así es como el hombre primitivo en quien el producto de la imaginación se convierte rápidamente en un objeto de creencia, adopta esta manera de expresar su subordinación. Entre nosotros vemos cada día hechos que prueban el deseo de *hacer algo* en vista de una circunstancia que se produce, inspira actos

que ninguna relacion tienen con el objeto. «Eso puede hacer bien y no mal;» tal es la razon que se da para excusar una multitud de actos que no están más fundados que el culto á una piedra colorada.

*El Fetiche.*—Los hechos que hemos aducido para demostrar que el agente sobrenatural que se reputa contenido en un objeto inanimado, al cual el salvaje dedica su culto, era primitivamente un espíritu de hombre, son bastante concluyentes, segun creo. Con todo, hélos hallado más decisivos todavía en la obra del doctor Henry Rink sobre los Esquimales, de que ya hemos hablado. Estos dos espíritus se confunden bajo el mismo nombre en el pasaje que cito: «La totalidad del mundo visible está gobernado por poderes sobrenaturales ó «poseedores» en el sentido más lato, de los que cada uno ejerce su dominio en ciertos límites y toma el nombre de *inua*, es decir, su *inuk*.» (P. 37) Así, el agente reputado poseedor, al cual se refieren las propiedades de un objeto, se llama el *hombre de este objeto*: el hombre que en él reside, es decir, el espíritu de hombre que lo habita. Los *inua* de ciertos objetos celestes eran personas cada una de las cuales tiene un nombre; lo que supone que los *inua* de los demás objetos también son concebidos bajo forma de personas sin que se les distingua individualmente.

*Culto de los reptiles.*—Los hechos referidos en uno de nuestros párrafos anteriores prueban que en diversas partes del mundo el culto de la serpiente depende de que se admite que las serpientes que frecuentan las habitaciones, forman con los antepasados vueltos á la vida un mismo sér. Hemos hablado de lagartos que habitan las casas y adquieren de igual manera un carácter sagrado. Hé aquí todavía otro hecho que se me ha indicado: «La provincia de Samogicia está cubierta de bosques y florestas, donde á veces pueden hallarse apariciones horribles; en ellos moran un gran número de idólatras que cuidan como de un dios doméstico, un reptil que tiene cuatro patas pequeñas como el lagarto con un cuerpo plano, negro, que no excede de tres palmos de largo (cerca de 23 centímetros). Estos animales se llaman *givoines*, y en ciertos días se les deja arrastrar por la casa en busca de los comestibles que para ellos se han preparado. Son objeto de la supersticiosa veneracion de toda la familia, hasta el momento en que habiendo saciado su apetito vuelven al punto de donde salieron.» (*Heberstein, Res moscovit*; trad. de Major).

*Culto del loto.*—En el capítulo dedicado al culto de las plantas, nada dije del culto del loto porque no queria comprometer mi tésis con un argumento de dudoso valor. No obstante, los hechos bastan para autorizar el pensamiento de que el culto del loto tomó origen del mismo modo que el culto del soma.

Claro es que una planta ó el producto de ella que lleva su nombre, sirvió de estimulante nervioso para llevar á un estado de deliciosa indiferencia; pero entre todas las plantas que recibieron este nombre, no se sabe cual es la que tales efectos producía. Además, en Oriente existía una creencia en una divinidad que residía en una planta acuática llamada loto; y actualmente en el Tibet el culto de este dios del loto es la religion dominante. Segun Wilson, (*Abode of Snow*), recítase allí todos los días y á cada hora una plegaria concebida en estos términos: «Om mani padme haun,» que quiere decir literalmente: «¡Oh Dios! Joya del loto, amen.» La palabra *mani* traducida por joya, quiere decir en general una cosa preciosa, y se aplica á todos los objetos sagrados, á las largas piedras de los sepulcros, á los molinos, á las plegarias, etc.; de suerte que el pensamiento primitivo vislumbrado á través de las expresiones figuradas, parece ser: «¡Oh Dios! Poder precioso ó sagrado del loto.» Las dificultades que se hallan cuando quieren explicarse las leyendas antiguas en las cuales se trata de lotofragia, lo mismo que esta supersticion, que aun existe, provienen de que la planta hoy conocida con el nombre de loto, no posee ninguna propiedad tóxica. Hay no obstante medio de resolverlas. El loto tiene una raíz dulce, y hoy mismo, en Cachemir, se saca esta planta del fondo de los lagos y se come. Luego, una raíz dulce, contiene jugos fermentosos, azúcar y almidon; ¿no se fabrica hoy alcohol con la remolacha? Es, pues, posible que en los primeros tiempos el jugo y la fécula de la raíz del loto se emplearan en la fabricacion de una bebida embriagadora, exactamente lo mismo que en nuestro tiempo se emplea en ciertos puntos el jugo de la palmera; y es posible que las creencias relativas al loto sobrevivieran en tiempos en que el brebaje extraido de la raíz de esta planta habia sido reemplazado por otros de más cómoda fabricacion. Tenemos tanta mayor razon en creerlo así, cuanto que en los primeros tiempos del culto del soma el jugo era sometido á la fermentacion y que más tarde no lo fué ya, porque se habian hecho de uso comun otras clases de licores espirituosos. De todos modos queda un hecho; una planta, uno de cuyos productos causaba un estado mental agradable, llevaba el mismo nombre que una planta considerada como sagrada, porque era la mansion de un dios.

Verdad es que se dice que en Egipto el loto era sagrado como símbolo del Nilo, y que el loto indio guardaba la misma relacion con el Ganges. Recuerdo